

Desconóciate a ti mismo

Desde hace un tiempo empecé la tarea de organizar un poco el archivo de imágenes que normalmente uso para pintar. Son recortes que he sacado de libros, revistas y también cuestiones de internet, que trato de imprimir porque en el computador se me pierden de vista. No tengo un tema específico en estos rejuntes de imágenes que he ido guardando, y hasta he desarrollado un gusto particular por el hábito mismo de recolectarlas, lo que muchas veces me tiene metido entre los cachureos de un persa o en un blog cualquiera buscando imágenes que probablemente nunca pintaré.

Vengo en esta dinámica hace ya unos años, fascinado también porque el choque medio improbable de imágenes de tan ajena procedencia permite que se entrometan unas con otras de formas que a mi conciencia voluntariosa, sentada oficialmente frente a una tela en blanco, le costaría bastante inventar. Hay una perversión muy atractiva en la posibilidad de que, por azar, el dibujo de una mano negra recortada de un manual de quiromancia haga eco en una foto de mis abuelos de cuando recién se habían casado, y donde sus manos aparecen un poco ensombrecidas. Mi afecto por esa escena familiar se disuelve en un campo desconocido de asociaciones, y de pronto las cosas que veo se vuelven capaces de llegar a ser casi cualquier otra cosa.

Así que de alguna forma estoy dedicado a crear la evidencia que soporte esta idea, la de que para un arte como la pintura conviene desconocerse lo más posible a uno mismo, contrariamente al famoso adagio platónico o socrático. Nuestro pensamiento excede ampliamente la conciencia que tenemos de él, y creo que ese desconocimiento es lo que obsesiona tanto a los artistas con su arte o con el de otros, el de vislumbrar una especie de poder medio esotérico de hacer que una cosa sea también, *al mismo tiempo*, otra cosa, cuya necesidad y valor no podía imaginarse hasta que esa cosa se hizo.

Empecé entonces, como estaba diciendo, a ordenar un poco esta colección caótica de imágenes, en cuyos encuentros fortuitos estaba, y sigue estando, mi opción de crear ese artefacto con que desconocerme cuando pinto, que en el fondo no es más que el deseo de ampliar el arco de lo pintable y permitirme hacer cosas que yo mismo habría descartado hacer por no ajustarse a mis convenciones. Nos vamos armando de con-

venciones, ese es el problema, pero nos dan seguridad, lo entiendo. Así que llegué a un acuerdo conmigo mismo y definí un conjunto de categorías para evitar que lo caótico del caos se tragara también la posibilidad que el mismo caos contiene de hacer aparecer lo impensado o lo inimaginado en las imágenes. Estas categorías podían ser una estructura mínima para administrar ese azar, pero como tenían que estar lejos de cualquier pretensión de dar una cohesión global al conjunto de imágenes (y evitar así la creación una gran mega convención), se me ocurrió agruparlas más al estilo Borges que, citando las remotas páginas de “cierta enciclopedia china”, da un listado a la vez ordenado y delirante que divide a los animales entre aquellos pertenecientes al emperador, los embalsamados, aquellos que de lejos parecen moscas, entre otras consideraciones similares¹.

Pero no es nada fácil salir de la clausura de la conciencia para articular un orden como este. Al definir estas categorías y empezar a repartir las imágenes en ellas, me topaba a cada rato con una tendencia sospechosa hacia el equilibrio, como sin querer queriendo que las categorías dieran cuenta de toda la variedad presente en esas imágenes. Y la verdad es que siempre había un detalle en ellas, un elemento discolo o alguna ambigüedad que las sacaba de este orden. Esa ilusión, sesgo o deseo casi innato que nos hace atribuir al mundo mucho más orden del que realmente hay en él — de donde provienen todas las teorías conspirativas que tanto han florecido en estos tiempos de éxtasis y confusión— había que darlo vuelta de alguna manera. Y eso empezó a pasar en mi afán de ordenar este archivo cuando otra fuente literaria me salió al paso. Se trata de un cuento titulado “El Ruletista”, de Mircea Cărtărescu, que me hizo pensar la importancia de lo siguiente: que siempre tiene que haber un abogado del diablo sentado en las reuniones de directorio de nuestras ideas. Sé que “reunión de directorio” suena esnob y pretencioso, pero en realidad es una reunión bastante infame e indecorosa la que este texto me hizo imaginar.

El cuento transcurre en los más bajos fondos concebibles de una ciudad indeterminada de la Europa de entreguerras, donde un escritor en tránsito de agonía cuenta en sus memorias algunas de sus impresiones sobre el Ruletista, personaje infausto que da nombre al relato. Se trata de un sujeto rudimentario, corroído por la mala vida y sobre todo por la mala suerte, y que es recordado por el narrador que cuenta cómo llegó a conocerlo en el submundo de la ruleta rusa. En él, bajo estrictas medidas de anonimato y clandestinidad, se reúnen una serie de personajes del más diverso pelaje a correr apuestas en torno a la posibilidad de que la única bala de un revólver pueda reventar la

¹ El lenguaje analítico de John Wilkins.

cabeza del ruletista de turno. Los ruletistas eran normalmente vagabundos o gentes a la deriva a quienes unos tipos llamados patronos iban captando para ofrecerles plata a cambio de prestarse como carne de cañón en este juego, arriesgándose a morir delante de los apostadores ávidos de presenciar la performance de tentar verdaderamente al destino. En general los ruletistas se atrevían una o dos veces a aceptar esta invitación demente, y después de eso ya era improbable que sobrevivieran una tercera vez, o que soportaran la locura de experimentar nuevamente el horror único de un momento como ese a cambio de unos pocos billetes. Pero el Ruletista (así con mayúscula), irrumpe en este escenario como una más de estas pobres almas que sin embargo da vuelta el juego y alcanza dimensiones míticas al sobrevivir una y otra vez a él, llegando incluso a zafar de la muerte tras cargar el tambor del revólver con seis balas. Algunos sospechan que tiene un pacto con el diablo (otra teoría conspirativa), pero en realidad no es más que un gesto estúpido y a la vez sencillamente genial el que basta para explicar este milagro que da vida al cuento: sabiéndose miserable y marcado a lo largo de su vida por una mala suerte crónica, el Ruletista tiene, sin embargo, la mínima astucia de ponerse la pistola en la sien convencido de que va a matarse en ese momento. Y como jamás en su vida había experimentado la alegría de ganar siquiera el más trivial de los juegos donde interviniera el azar, no podía hacer otra cosa que fallar en su intento de suicidarse. Así, simplemente apostando contra sí mismo, el Ruletista triunfaba, sobrevivía y se hacía rico haciendo fracasar su fracaso.

Ese es el desdoblamiento que hay que buscar. Para eso asumo que habrá tantos métodos posibles como artistas que estén queriendo hacer cosas raras y divertidas. Mark Tansey se construyó una ruleta para generar los temas ilógicos de sus cuadros; a comienzos de los 70 Paul Neaigu fundó un colectivo de cuatro artistas ficticios para exponer con ellos una serie de dibujos; John Cage usó el I Ching y el lanzamiento de monedas para componer su *Music for Piano* de 1951, de donde vienen a su vez las *Cage paintings*, esas enormes pinturas abstractas de Gerhard Richter; Wade Guyton utiliza “incorrectamente” distintos tipos de impresoras para pintar desde el error y el accidente, y a su modo Bacon pintaba buscando permanentemente que ocurriera un accidente, y fue también un célebre accidente el que dio al Gran Vidrio la marca característica que tanto gustó a Duchamp.

Cada uno tiene su club clandestino de apostadores frente al cual irá a pararse en algún momento crítico a jugarse por una idea. Quiero creer que quizá también haya una forma conveniente de pactar con el diablo para que en ese momento el azar esté de nuestro lado y la bala no mate totalmente esa idea, pero es peligroso un pacto así (el

Ruletista finalmente muere por causa de una pistola, pero no de una bala). Ya que la pintura es un arte bastante solitario, me hago estas preguntas metodológicas para combatir los sesgos personales y las convenciones ermitañas que inevitablemente van sedimentando la imaginación. Y termino reconociendo que al final se pinta siempre por placer, pero también sabiendo que era el placer —uno muy particular— lo que ansiaban los apostadores adictos a la ruleta rusa. Al momento de cargar el revólver sería mejor entonces partir de ese reconocimiento y tratar de darlo vuelta: no deseamos las cosas porque las consideremos buenas sino que consideramos buenas las cosas porque las deseamos.